

2408

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

CON LUZ
Y Á OSCURAS

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Segunda edición.

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA.
1887.

CON LUZ Y Á OSCURAS

OBRAS CÓMICAS

DE

DON FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

REPRESENTADAS EN LOS TEATROS DE MADRID

EN UN ACTO

- Recurso de casación*, comedia en verso (2.^a edición).
El Oso y el Centinela, juguete cómico en verso.
Un cambio de situación, juguete cómico en verso.
Con Luz y á oscuras comedia en verso (2.^a edición).
Casi... casi..., juguete cómico en prosa.
La Manzana, comedia en prosa.
El Amigo frito, parodia en verso.
El Conde de Cabra, juguete cómico en verso (1).
¡Felices pascuas! apropósito en verso (2).
La Villa del Oso, osadía cómico-lírica en verso: cuatro cuadros (3).
¡Bonito soy yo!, juguete cómico en prosa.
Un simón por horas, juguete cómico en verso (1).
El Niño Jesús, comedia en verso.
El Barbán de la Persia, humorada cómico-lírica en verso: tres cuadros (4).
El Viaje al Suizo (parodia política), excursión cómico-lírica en verso: cuatro cuadros (5).
Pasar la raya, juguete cómico-lírico en verso (6).
La Gran Vía, revista madrileña: cinco cuadros (10.^a edición reformada) (7).

(1) En colaboración con D. Salvador M. Granés.

(2) Idem con D. Julián Romea.

(3) Idem con D. Eduardo Navarro Gonzalvo. Música de los maestros Nieto, Rubio y Espino.

(4) Idem con el mismo. Música de los maestros Rubio y Espino.

(5) Música de los señores Rubio y Espino.

(6) Música de los señores D. Julián Romea y D. Joaquín Valverde.

(7) Música de los maestros D. Federico Chueca y D. Joaquín Valverde.

CON LUZ Y Á OSCURAS

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

FELIPE PÉREZ Y GONZALEZ

Representada por primera vez en el Teatro Lara de Madrid
el 28 de Noviembre de 1883.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID. — 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4

Personajes.

Actores.

MARÍA	SRTA. D. ^a DOLORES ABRIL.
LUZ.	” MATILDE RODRÍGUEZ.
ROMÁN.	SR. D. ANTONIO RIQUELME.
FEDERICO	” PEDRO RUIZ DE ARANA.
JUAN, criado.	” MANUEL BARREAL.

La acción se supone en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

*A mi muy querido amigo el ingeniosísimo
escritor y siempre aplaudido autor cómico*

VITAL AZA

en testimonio de antiguo y fraternal afecto.

Felipe Pérez.

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante. Puerta de entrada al fondo: á la derecha, en primer término, otra que comunica con un jardín; en segundo una ventana de reja que da al mismo. Á la izquierda dos puertas. Entre la puerta de la derecha y la ventana del jardín un buró-secreter con papel, sobres, etc. Á uno y otro lado de la puerta del fondo mesa ó entredós con espejo. Á la derecha un confidente, á la izquierda un velador.

Al levantarse el telón, Luz, sentada junto al velador, en que habrá varios libros, habla con Juan, que está cerca de la puerta de entrada. Luz tiene en la mano un libro abierto en el que se supone estaba leyendo.

ESCENA PRIMERA

LUZ y JUAN

- JUAN. Dice que es doña María
Maldonado de Sarmiento.
- LUZ. (Levantándose súbitamente y dejando el libro.)
¡Ah! pues que pase al momento. (Vase Juan.)
Ella en Madrid... ¡qué alegría!
En medio de los afanes,
que ya apuran mi paciencia,
la manda la Providencia
para ayudarme en mis planes.

ESCENA II

LUZ, MARÍA, que entra por el fondo.

MARÍA. (Abrazando á Luz con efusión.)

¡Luz!

LUZ. (Id. á María.) ¡María!... No me explico...

¿Tú en Madrid?... ¡Sorpresa igual!

MARÍA. Hija, me sentaba mal
el clima de Puerto-Rico,
y mi marido, que es
complaciente en demasía,
me dijo: «A España, María;»
y aquí estamos hace un mes. (Se sientan.)

LUZ. Sin verme... ¡Quién lo creyera!

MARÍA. Como que hasta ayer no supe
tus señas por Guadalupe,
nuestra antigua compañera,
quien me dijo que hace un año
te casaste también...

LUZ. (Tristemente, bajando la voz.) ¡Sí!

MARÍA. Chica, lo dices así,
de un modo bastante extraño.
¿No quieres á tu marido?

LUZ. ¡Con todo mi corazón!

MARÍA. ¡Ah, vamos! Será un bribón,
un calavera, un perdido.

LUZ. No es eso...

MARÍA. Que no te adora
como tu afecto requiere...

LUZ. No... si quererme... me quiere...
y me mima... y me enamora...

MARÍA. ¿Está enfermo?

LUZ. No.

MARÍA. Pues bien,
tú me dirás... ya te escucho..

LUZ. Es que á mí me quiere mucho...
¡pero á las demás también!

MARÍA. ¡Hola! ¿Conque el caballero
así su deber olvida?...

LUZ. Acostumbrado á la vida
agitada de soltero,
á hacer conquistas á miles

en teatros y en salones,
y á inspirar locas pasiones
ardorosas y febriles,
no puede bien apreciar
los puros goces del alma
que se encuentran en la calma
venturosa del hogar.
El es muy bueno, eso sí,
y es mío su corazón,
pero su imaginación
le aparta á veces de mí.
De hacer que note su engaño
siempre el propósito llevo,
pero á él le encanta lo nuevo,
lo novelesco, lo extraño...
Yo, sencillota, inocente,
le consagro el alma fiel...
y él me quiere... pero él
necesita otro aliciente.
Y sin ver mis amarguras,
que sólo comprende Dios,
me deja por ir en pos
de lances y de aventuras.

MARÍA. De mi admiración no salgo...
De modo que tu marido
es corrido...

LUZ. Y tan corrido,
que no lo alcanza ni un galgo.

MARÍA. ¡Pobre Luz!...

LUZ. Yo, noche y día,
con su cariño soñando,
paso pensando y pensando
cómo atraerle podría,
preparando una emboscada
que me lo entregue indefenso...
pero, chica, pienso y pienso...
y no se me ocurre nada.

MARÍA. ¡Claro!

LUZ. Como yo de tramas
y de ardides nada entiendo,
me paso el día leyendo
cuentos, novelas y dramas,
buscando sin descansar
algún recurso ingenioso
para atrapar á mi esposo
y no volverlo á soltar.

MARÍA. ¡Tiene gracia!

LUZ. Pero leo
cien libros, horrendo alguno,
y nada encuentro en ninguno
que se ajuste á mi deseo.
Y me aturdo y me hago un lío
con mil cosas espantosas;
porque leo algunas cosas...
¡Jesús, qué cosas, Dios mío!
Ya una mujer á su esposo,
que en faltarla no repara,
echa vitriolo en la cara
y me lo deja horroroso,
para que su fealdad,
que es de ella dicha y encanto,
cause á las demás espanto...
¡Ya ves qué barbaridad!
Otra, para que él lo crea,
finge que un amante toma...
pero eso siempre, aun en broma,
es una cosa muy fea.
Otra, al mirarse ofendida,
adquiriendo datos fijos,
se presenta con sus hijos
en casa de la querida.
A ésta da una convulsión
y él sale de sus casillas;
pero al fin cae de rodillas
demandando absolución...

MARÍA. ¡Justo! Y al verle contrito,
la mujer perdona...

LUZ. Sí...
Pues ese recurso á mí
me parece muy bonito.
Es honrado y oportuno,
y á él inclinada me siento...
pero yo ¿qué hijos presento...
si no tenemos ninguno?

MARÍA. ¡Claro!

LUZ. Por eso, al saber
que te encontrabas aquí
hace un momento, sentí
extraordinario placer.
Por tu gentil arrogancia
y tu bondad admirable,
tú fuiste mi inseparable

compañera de la infancia.
Aguda, traviesa, lista,
tienes ingenio y saber;
con tu auxilio yo he de hacer
de mi esposo la conquista.
¡Oh! Ya miro asegurada
mi paz... Discurre... discurre... (Pausa.)
¡Vamos! Di, ¿qué se te ocurre?...

MARÍA. (Después de meditar un momento.) Pues... ¡nada!

LUZ. ¡Imposible!

MARÍA. No lo dudes.

Y es muy natural; mi esposo
es honrado y cariñoso
y modelo de virtudes..
Nunca esos celos sentí,
pues á mi cariño es fiel:
yo tan sólo pienso en él,
y él no piensa más que en mí.
Pasando horas venturosas,
viéndole amante, rendido,
¿qué quieres? yo no he tenido
que ocuparme en esas cosas.

LUZ. ¡Qué desgracia! (Levantándose.)

MARÍA. (Id.) ¡Cómo!

LUZ. Y yo

que confiaba ya en ti...

MARÍA. Me ocurre una idea...

LUZ. (Muy contenta.) ¿Sí?

MARÍA. ¿Tú tienes pruebas?

LUZ. (Confusa.) Yo... no...

MARÍA. Pues sin razon te incomodas
y es tu queja inoportuna.

¿Sabes que le guste alguna?

LUZ. Yo sé que le gustan todas.

MARÍA. Pero ¿cómo?...

LUZ. Porque él mismo,
sin saber que yo le oía,
á un amigo lo decía
con espantoso cinismo...

MARÍA. Entonces... ¡nada!... convengo,
porque á confesión de parte...

LUZ. ¡Ya ves!...

MARÍA. Pues voy á explicarte
el pensamiento que tengo.
Es recurso teatral.

- LUZ. Bien; admitido... admitido...
- MARÍA. De un autor muy aplaudido.
- LUZ. Pues no puede salir mal.
- MARÍA. Una mujer, cual tú, hermosa,
ve que su esposo, á quien quiere
con delirio, á otras prefiere,
y está, como tú, celosa.
La pasión su mente excita
y halla un recurso ingenioso;
dar á su pérfido esposo
una misteriosa cita,
y con los ojos vendados,
pues el tal por todo pasa,
traerle á su propia casa
á confesar sus pecados.
El cae en la red tendida,
y así el castigo recibe...
- LUZ. (Con viveza.)
Pues al punto escribe... escribe...
- MARÍA. ¿Qué?
- LUZ. (Haciéndola sentar junto al buró, donde habrá
papel, sobres, tintero y plumas.)
La carta consabida.
El no conoce tu letra. (María escribe.)
Y mucho misterio, ¿estás?
Es su flaco... Lo demás
correrá á cargo de Petra,
mi doncella, que hace un día
solamente que ha venido
á servirme, y mi marido
no la ha visto todavía.
No me podré contener
cuando entre, todo aturdido,
vendado como un Cupido...
- MARÍA. Pues ya está. (Dejando de escribir.)
- LUZ. Vamos á ver.
- MARÍA. (Leyendo.) «Una mujer que te adora...»
- LUZ. (Interrumpiéndola.) ¿Cómo es eso?
- MARÍA. ¡Claro!... ¡Tú!
- LUZ. Es verdad...
- MARÍA. No hagas el bú
y déjame hablar ahora.
(Leyendo.) «En ti cifra su esperanza.
»Hoy á las nueve estará
»en la puerta de Alcalá
»persona de confianza,

- »que te traerá á su lado,
»pues contigo hablar desea;
»pero es preciso que sea
»viniendo en coche y vendado.
»El asunto es grave y serio,
»y su honor y posición
»exigen tal precaución.
»La seña: *Amor y misterio*.
»Para que no busque en vano
»quien te debe acompañar...
»te advierto que has de esperar
»con un pañuelo en la mano.»
- LUZ. ¡Sublime! De fijo cae.
- MARÍA. Si traga bien el anzuelo. (Cerrando la carta.)
- LUZ. ¡Oh! Sin el menor recelo;
lo misterioso le atrae.
- MARÍA. Pues no hay tiempo que perder.
Tú haz á tu doncella cargo
de su papel: yo me encargo
de que llegue á su poder
la esquila... Conque de prisa.
Yo volvere por aquí,
por si algo ocurriera...
- LUZ. Sí.
- MARÍA. Va á ser asunto de risa...
Adiós, pues.
- LUZ. Yo te suplico...
- MARÍA. Se la entregará al instante
un negro, como un gigante,
que traje de Puerto-Rico.
Un negrazo atroz... ya ves
que el misterio se complica...
- LUZ. Eres un diablillo, chica.
(Abrazándola y besándola.)
- MARÍA. Hasta luégo. (Vase por la puerta del fondo.)
- LUZ. Hasta después.

ESCENA III

LUZ sola.

- LUZ. El proyecto es excelente:
voy á prevenir á Petra
para que tome un simón
y se dirija á la puerta

de Alcalá. La chica es lista
y es atrevida y traviesa,
y lo mejor para el caso...
extremadamente fea.
Le hará entrar por el jardín,
después de dar varias vueltas
para que se desorienta
é ignore dónde se encuentra.
¡Ah, conquistador terrible,
tú veras la que te espera!
¡Ni la conquista de Méjico
va á tener que ver con ésta!

ESCENA IV

DICHA, ROMÁN y FEDERICO por la derecha.

ROMÁN. Entra, chico...

LUZ. (¡ Mi marido !)

FED. Señora... (Saludando.)

ROMÁN. (Presentándole.) Una buena pieza...

Don Federico Sarmiento,
abogado, hombre de letras,
un amigo de la infancia
á quien quiero muy de veras,
camaradá de colegio,
compinche de francachelas,
de jaranas, de conquistas...

FED. ¡ Hombre, por Dios!...

ROMÁN. ¿ No te acuerdas?

LUZ. Es muy bromista... (Disculpándole.)

ROMÁN. Yo estaba

hace un momento en la puerta
del jardín, viendo unas flores...

(Ap. á Federico.)

(¡ Falso!... viendo á una doncella
que vive ahí enfrente...) (Alto.) Cuando
veo que este calavera

va por la calle... ¡ Demonio!
Después de tan larga ausencia
iba á escapárseme... ¡ Nunca!
No era posible... ¿ Quién deja
ir á un amigo querido
que resucita, que llega

- ¡del otro mundo!... ¡Caramba!
¡Aprieta, muchacho, aprieta!
(Le abraza cariñosamente.)
- LUZ. (Pero yo aquí me entretengo,
sin mirar que el tiempo vuela.)
- ROMÁN. (Toca un timbre y se presenta Juan en el fondo.)
Que traigan luces.
- LUZ. Ustedes
tendrán que hablarse, por fuerza,
y yo me marcho...
- FED. Señora...
(¡Vaya si es linda y modesta!...)
- ROMÁN. Tenemos que recordar
nuestras antiguas proezas...
(Bajo á Federico.)
(Y las modernas también...)
- LUZ. Pues adiós... (Vase por la primera izquierda.)
- FED. (Viéndola salir.) (Es una perla.)
(Entra Juan con un candelabro que coloca sobre el
velador, retirándose inmediatamente.)

ESCENA V

ROMÁN, FEDERICO

- ROMÁN. ¡Ajá! Ya estamos solos;
siéntate á mi lado y cuenta... (Se sientan.)
¿Qué ha sido de ti, perdido?
¡Habrás dejado en América
nuestro pabellón bien puesto!...
Y ¿qué tal aquellas hembras?
¡Superiores!... ¡Ah, tunante!...
Habrás tenido á docenas
las americanas... ¡chico,
que deben ser buenas prendas!...
¡de mucho abrigo!... ¿Y ¿has hecho
locuras?...
- FED. La última.
- ROMÁN. Cuenta.
- FED. Me he casado en Puerto-Rico.
- ROMÁN. Quizás con una de aquellas
criollas lánguidas, tristes,
mimosas y zalameras,
que siempre se están meciendo,

- que llaman « ¡niña! » á su abuela,
que sólo comen guayaba...
y se la dan á cualquiera.
- FED. ¡Oh, no tal! con una joven
elegante, madrileña,
muy graciosa y adorable
por lo honrada y lo discreta;
una mujer de esas pocas,
poquísimas que se encuentran,
para hacer que un hombre olvide
todas las demás al verla.
Esto no quiere decir
que, si una vez se presenta
la ocasión, yo piense darla
de hipócrita ni de asceta,
pues quien malas mañas tuvo,
ó nunca ó tarde las deja.
- ROMÁN. Pues yo también me he casado...
- FED. Sí, ya he visto... Y es muy bella
tu mujer...
- ROMÁN. Y yo la adoro
porque es cariñosa y buena:
mas, como tú, no he dejado
mis amorosas empresas.
Sigo siendo un Lovelace,
un Tenorio...
- FED. (Riendo.) Sí, de ideas,
de ilusión, de teoría...
Ya conozco tu sistema.
- ROMÁN. ¡Cómo es eso! ¿No lo crees?
- FED. Sé que te mueres por ellas;
y á no haber padres, maridos
ó amantes, acaso fueras
un seductor formidable...
pero, chico, te amedrentan
las palizas, con razón,
porque te dieron dos buenas
en las únicas dos veces
que hiciste el amor en regla.
(Román se ríe con risa muy forzada.)
La primera fué á una joven,
andaluza por más señas,
muy bonita... la recuerdo
lo mismo que si la viera.
Era esposa de un teniente
de húsares de la Princesa,

celoso como un Otelo,
y feroz como una hiena.
La chica tomaba varas,
la dijiste dos simplezas...
y á ti te dieron los palos,
tomando las varas ella...

(Román se ríe como antes.)
La otra fué más misteriosa,
romántica y novelesca.
Olvidado el primer lance,
cortejabas en Valencia
á otra señora, viuda,
pero te entró con tal fuerza
la pasión, que ya por fin,
rayaba en impertinencia.
Tú eras su espía, su sombra
por todas partes... Si ella
iba al teatro, allí estabas
haciéndola morisquetas;
si á visitas, tú también;
si á la iglesia, tú en la iglesia;
si á paseo, tú en paseo,
y si ya, por fin, molesta,
no salía de su casa,
tú enfrente de centinela...
Por fin una tarde ¡oh dicha!
con misteriosa reserva
te dió una cita, acudiste
anhelante, sin cautela
al sitio que designaba
y allí... en lugar de tu bella
te encontraste dos jayanes,
con dos estacas soberbias.
Tú volviste las espaldas,
pero llegaste á Valencia,
llevando el Sacro Colegio
de Cardenales en ellas...
(Román vuelve á reírse como antes.)
Desde entonces tus conquistas,
para seguir con tu tema,
fueron cuentos que inventabas,
imaginarias empresas
menos gratas, es verdad,
pero, al fin, menos expuestas.
ROMÁN. Bien... sí... pero ya he cambiado...
ya me atrevo á todo...

- FED. (Riendo.) ¡Sea!
no hemos de reñir por eso...
- ROMÁN. Desde entonces tengo hechas
más conquistas que Pízarro...
- FED. ¡El elefante!... (Riendo.)
- ROMÁN. Y muy ciertas...
- FED. No dudo...
- ROMÁN. Precisamente,
ahora tengo una morena,
que es un portento de gracia;
airosa, delgada, esbelta...
porque ya sabes que á mí
las delgadas me enajenan.
- FED. Sí, ya sé...
- ROMÁN. Pero me ocurre,
chico, una cosa estupenda...
Me muero por las delgadas
y necesito una *gruesa*.
- FED. ¡Una gruesa!
- ROMÁN. (Riendo.) ¡Cabalmente!
Es decir... ¡doce docenas!
- FED. Eres el mismo...
- ROMÁN. Es verdad.
- FED. ¡Vaya! Si tú te atrevieras
á hacer conquistas, ¡caramba!
buena andaría la tierra...
Junto á ti, Alejandro Magno
iba á ser niño de teta.

ESCENA VI

DICHOS, JUAN, que trae una carta en una bandeja.

- JUAN. ¡Señorito!
- ROMÁN. ¡Qué!
- JUAN. Han traído
esta carta para usted...
- ROMÁN. (Tomándola.) Con tu permiso, querido...
(Á Juan.) ¿Y esperan?
- JUAN. No, ya se fué... (Vase.)
- ROMÁN. (Un billete perfumado...
letra de mujer... ¿qué es esto?)
- FED. Parece que te has quedado
algo confuso y molesto.
¿Alguna noticia mala?...

- ROMÁN. No... no he visto todavía...
(Señor, ¿qué será? Y exhala
un perfume que extasía.) (Oliendo la carta.)
- FED. Alguna cita amorosa...
¡já, já, já!... (Burlándose.)
- ROMÁN. (Picado.) ¡Bien puede ser!
- FED. Pues, vaya, chico, no es cosa
de dejar... vamos á ver...
- ROMÁN. (Rompiendo el sobre.)
Como antes has pretendido
demostrarme cierta duda,
la Providencia ha querido
venir al punto en mi ayuda.
- FED. ¡Bah! no recuerdes ahora...
aquello ha sido una chanza...
- ROMÁN. (Leyendo.) «Una mujer que te adora,
»en ti cifra su esperanza...»
- FED. Y aún habrá quien no te crea.
¡Ah, mortal afortunado!
- ROMÁN. (Leyendo.) «Pero es preciso que sea
»viniendo en coche y vendado.»
- FED. Y vendado. ¡Qué locura!
¡Pues se decide cualquiera!
- ROMÁN. (Ya me encanta la aventura.
¡Señor, si yo me atreviera!)
(Leyendo.) «El asunto es grave y serio,
»y su honor y posición
»exigen tal precaución.
»La seña: ¡Amor y misterio!»
- FED. ¡Amor y misterio!... chico,
eso á lo sublime llega...
- ROMÁN. (Preocupado.) Bien... Búrlate, Federico...
- FED. Novela á cuarto la entrega...
- ROMÁN. Hombre, te pones pesado
y en molestarme te afanas...
- FED. ¡Ay, Román! ¡Mucho cuidado
con las viudas valencianas!
- ROMÁN. Si dudas de lo que leo,
tú mismo lo puedes ver...
- FED. ¡Venga, venga! (Transición.)
(Mas... ¿qué veo?
¡La letra de mi mujer!)
- ROMÁN. ¡Vaya! ¿Qué te ocurre?
- FED. (Disimulando.) ¡Nada!
- ROMÁN. ¡Envidioso!
- FED. (¡No es posible...

- ella es buena y es honrada,
y esto ya sería horrible!)
- ROMÁN. Vamos, habla... ¿Quién diría?
estás pálido, aturdido...
- FED. (Disimulando y procurando reprimirse.)
Es que... dudo todavía
de que esto lo hayan traído.
Tú estas cosas las inventas
sólo para hacer creer
en tus conquistas...
(Román toca el timbre.) ¿Qué intentas?
- ROMÁN. Que te voy á convencer.
Hay un medio muy sencillo...
(Se presenta Juan en la puerta del fondo.)
Esta carta... ¿quién la ha dado?
- JUAN. Un negro como un castillo...
- ROMÁN. ¿Un negro?
- JUAN. ¡Sí!
- FED. (Con abatimiento.) ¡Mi criado!
Ya no hay duda... ¡Tal perfidia!)
(Juan se retira á una seña de Román.)
- ROMÁN. ¿Y qué me dices ahora?
Te está comiendo la envidia...
- FED. (¡Pérfida!... ¡infame!... ¡traidora!
Si sorprenderla pudiera...
¡Vamos! yo me pongo malo...)
- ROMÁN. (Señor, si yo me atreviera...
pero y si me dan un palo!...)
- FED. (¡Ah, qué idea!) Chico, yo
creo que es broma dispuesta
por tí...
- ROMÁN. Te juro que no...
- FED. Pues hagamos una apuesta.
- ROMÁN. Lo que quieras.
- FED. Tú dispones,
por tu extremada fortuna,
de conquistas á montones...
pues bien puedes ceder una.
Yo en tu lugar me presento,
digo la seña...
- ROMÁN. ¡Ah, valiente!
- FED. Y si es verdad... al momento
pago cien duros...
- ROMÁN. (Después de meditar un momento.) Corriente.
Mas conste que á tu deseo
cedo sólo...

- FED. ¡A no dudar!...
- ROMÁN. (Pues no va á ser vapuleo
el que te vas á llevar.)
Pero ¿y si ven el engaño
y el cambio no puede ser?...
- FED. Entonces...
- ROMÁN. No fuera extraño.
- FED. Yo sé bien lo que he de hacer.
- ROMÁN. (¡Ay! éste á todo se atreve...
¡Quién pudiera!)
- FED. (Mirando el reloj.) La hora es ya...
- ROMÁN. ¡Cómo! ¿Tan pronto?
- FED. (Repasando la carta.) A las nueve
en la puerta de Alcalá.
- ROMÁN. Buena suerte y... ¡á vivir!
- FED. Adiós... (Vase por el fondo.)
- ROMÁN. Adiós, Federico...
Por lo que pueda ocurrir
lleva árnica... ¡Pobre chico!

ESCENA VII

ROMÁN solo.

- ROMÁN. Pues, señor, esto es extraño,
incomprensible y absurdo,
y cuanto más pienso en ello
más me extravío y confundo...
Una mujer que me adora...
Esto es creíble y no dudo...
Que me quiera hablar... Tampoco
es imposible... Al fin, uno
se merece cualquier cosa...
que quieran... hablarle... ¡Justo!
Que hay que vendarse los ojos...
Ya esto no es claro, ya es turbio...
Que á las nueve de la noche...
Sigue oscureciendo mucho...
Que tiene un criado negro...
¡Pues ya esto pasa de oscuro!
No, nada; las cosas claras...
Y sin embargo, mi gusto
fuera seguir la aventura,
Pero ¡quiá! no me aventuro...
Que la siga Federico...

¡Y ésta es otra... yo me aturdo!...
El comenzó por burlarse...
y á poco rato se puso
agitado y tembloroso
y balbuciente y convulso...
y se va por mí á la cita,
expuesto á algún lance brusco...
Pero, señor, ¿qué le importa,
si al cabo el belén no es suyo,
y ni aun sabe si la dama
es una Venus ó un buho?
Nada, nada: en este lance
debe de estar loco alguno... (Pausa.)
Si yo me atreviera... ¡Diablo!...
¿Por qué no?... Yo voy seguro...
Le sigo hasta donde vaya,
y así el misterio descubro
sin peligros ni temores
á vapuleos ó insultos.
¡Andando! Cojo el sombrero,
subo en un coche de punto
y ¡á la puerta de Alcalá!
LUZ. (Saliendo.) (¡Oh! va á la cita... ¡perjuro!)

ESCENA VIII

ROMÁN, LUZ

LUZ. ¡Román!
ROMÁN. (Deteniéndose.) ¿Qué?
LUZ. ¿Vas á salir?
ROMÁN. ¡Sí!...
LUZ. Quisiera...
ROMÁN. Tengo que ir
para asuntos de interés...
LUZ. Es que te quiero decir...
ROMÁN. Ahora... imposible... después...
LUZ. Lo siento mucho...
ROMÁN. ¿Y supones
acaso que yo me alegro?
Pero las obligaciones...
Un negocio de carbones...
(Hoy todo me sale negro.)
LUZ. (No sabe ocultar su afán)

y descubre su falsía.

¡Tú las pagarás, truhán!

ROMÁN. Conque hasta luégo, hija mía.

LUZ. (Con marcada intención.)

Hasta muy pronto... Román.

(Vase Román por la puerta del fondo.)

ESCENA IX

LUZ á poco MARÍA

Va hasta la puerta desde donde se supone que ve salir á Román.

Luégo baja al proscenio, y después de una pausa dice :

LUZ. Aunque yo no sé tramar
esta clase de aventuras,
pienso que para llevar
ésta á su fin, debe estar
este gabinete á oscuras.
¡Justamente! es lo mejor...
Apagaremos las luces,
hasta que, al pintar su amor,
yo encienda y el seductor
se quede haciéndose cruces.

(Apaga las luces del candelabro, dejando una encendida.)

Dejaré una todavía...

¡Vaya! ¡pues no estoy temblando!...

¡Caramba! ¡qué tontería!...

MARÍA. (Entrando.) Hija, he venido volando...

LUZ. Llegas á tiempo, María.

MARÍA. Por supuesto, no ha venido.

LUZ. No; pero ya Petra ha ido
á la puerta de Alcalá,
y él ahora mismo ha salido
diciendo que iba hacia allá.
¡Infame! no hay más que ver...
Dejar aquí á su mujer,
que le ofrece el puro goce
de su amor, para correr
tras de lo que no conoce...
E irá lleno de ilusión
á esa misteriosa cita,
y sentirá de emoción
palpitar su corazón,
sin saber por quién palpita.

- MARÍA. ¡Vaya! ¡Ten calma!...
- LUZ. Pues no...
Yo dejaré hablar al tuno
cuanto quiera, hasta que yo
en el momento oportuno
me descubra...
- MARÍA. Sí... y ¡tabló!
- LUZ. ¡Oh! ¡Cómo voy á gozar
viéndole á mis pies rendido
sin poder siquiera hablar...
tembloroso y conmovido
de vergüenza y de pesar!...
Repuesto de la impresión,
querrá disculpar su acción...
yo demostraré entereza...
Después pedirá perdón...
yo negaré con firmeza.
Después, para contentarme,
procurará demostrarme
que su falta es baladí,
que él no piensa más que en mí...
y yo haré por no ablandarme.
Después, me suplicará
que le abrace... ¡Claro está!
- MARÍA. Y tú, firme, no lo haces...
- LUZ. ¿Que no?... ¡Pues si tengo ya
más ganas de hacer las paces!...
- MARÍA. ¡Calla! parece que oí
en el jardín...
- LUZ. ¡No és creíble!
- MARÍA. (Mirando por la ventana.)
No hay duda... vienen aquí...
- LUZ. ¡Tan pronto! Si es imposible...
- MARÍA. Se acercan...
- LUZ. ¿De veras?
- MARÍA. (Retirándose de la ventana.) Sí...
- LUZ. ¡Ay! Estoy tan conmovida...
- MARÍA. ¡Pues ánimo! y decidida
sé firme, sin compasión.
- LUZ. ¡Ah! tú quédate escondida
dentro de esa habitación.
(Señalando á la segunda puerta de la izquierda.)
- MARÍA. ¡Bien!... ¡Adiós! (Vase por dicha puerta.)
- LUZ. ¡Ay! me da frío
y me va faltando el brío...
¡Vaya! Apaguemos la luz.

(Lo hace, quedando la escena á oscuras.)
Ya siento pasos... ¡Dios mío!
Por la señal de la cruz... (Persignándose.)

ESCENA X

LUZ, FEDERICO por la derecha, con los ojos vendados.

Durante esta escena los actores hablarán bajo, como si temieran ser conocidos por la voz. El director de escena la ensayará cuidadosamente, fijándose con especialidad en el momento de encender las cerillas á un mismo tiempo, á fin de que resulte bien la situación cómica que el autor ha pretendido ofrecer.

- FED. (Me dejan solo y se van diciendo: «todo derecho.»
¡Fuera la venda! (Se quita el pañuelo.)
LUZ. (¡Ah, truhán!)
- FED. (No hay luz.)
LUZ. (Yo siento en el pecho una inquietud y un afán...)
- FED. Señora...
LUZ. (Ya habló el malvado.)
Caballero...
FED. (¡Ah, la taimada!)
- LUZ. (¡Calma!)
- FED. (¡Prudencia!)
- LUZ. Yo he dado...
un paso... que habrá extrañado.
- FED. (Secamente, pero sin alzar la voz.)
A mí no me extraña nada.
- LUZ. (¡Ay, qué voz!) Pero... el... amor...
FED. (El amor... ¡Ah, mujer fiera, tú sentirás mi rigor!...)
- LUZ. (Ya verá usted, seductor...)
FED. (Ya verás la que te espera...)
Pero dime, ¿dónde estás?
¿Por qué estás lejos de mí?
(Se van acercando lentamente, como buscándose en la oscuridad.)
- LUZ. (¡Pillo!... ¡Me las pagarás!)
- FED. Ven... dame tu mano... así...
(Al decir «así» se cogen las manos y hacen los dos un movimiento de ira.)
- LUZ. (¡Oh, ya verás!)

- FED. (¡Ya verás!
Disimular me interesa,
para que, al dar la sorpresa,
no resulte el golpe en vano...)
Deja que bese tu mano...
(Se la besa varias veces.)
- LUZ. (Sí, besa, hijo mío, besa.)
- FED. Me aguardabas impaciente,
¿no es verdad... mi... bien?...
LUZ. Sí tal.
- FED. (¡Ah, fementida!)
- LUZ. (¡Insolente!)
- FED. Pero á oscuras, francamente,
estamos bastante mal,
y ya ansío conocer
á la hechicera mujer
que así turba mi sosiego...
LUZ. (Cuando me llegues á ver,
preferirás estar ciego.)
- FED. (Encenderé una cerilla,
y á la vil confundiré,
pues ya el no hacerlo me humilla.)
- LUZ. (Dice bien... encenderé:
¡ya la venganza es sencilla!...)
(A un mismo tiempo saca cada uno de ellos una caja de
fósforos, disponiéndose á encender uno.)
- FED. (No sé qué pasa por mí.)
- LUZ. (¡Ay, temo ver al infiel!...)
- FED. Míreme usted bien...
LOS DOS. (Encendiendo á la vez y poniéndose las cerillas delante
de la cara.)
- Así.
- LUZ. Pero, Dios mío, ¿qué vi?
- FED. (¡Si no es ella!) (Aturdido, dejando caer el fósforo.)
- LUZ. (idem.) (¡Si no es él!)
- FED. (Explicarme no consigo...)
- LUZ. (El amigo de mi esposo...)
- FED. (Es la mujer de mi amigo...)
- LUZ. (Mas ¿cómo está aquí conmigo?)
- FED. (¡Pues el lance es ya curioso!
Y yo la hablé con furor...)
- LUZ. (¡Y yo le hablaba de amor!...)
- FED. (¡Y yo pasé el tiempo en vano!...)
- LUZ. (¡Y me ha besado la mano!...
¡Ay, qué vergüenza, Señor!)
- FED. (Y es una hermosa mujer...)

- LUZ. (El lance se ha puesto serio
y yo no sé ya qué hacer.)
- FED. (Encenderemos, á ver
si se aclara este misterio.)
(Encendiendo una bujía del candelabro.)
- LUZ. Yo... caballero...
- FED. Señora...
(Mas dejemos eso ahora,
y pues ya me encuentro aquí
y esta mujer me enamora...)
- LUZ. ¡ Oh! ¿Qué dirá usted de mí?
- FED. Diré...
- LUZ. Que hay trances fatales.
- FED. (Con entusiasmo.) Que abrasando mi alma estás
con tus gracias celestiales;
diré que me has hecho el más
dichoso de los mortales...
- LUZ. (¡ Ay! ¡ Si María lo oyera...
si viniera mi marido! ...)
- FED. Háblame, niña hechicera...
- LUZ. Váyase usted... se lo pido...
- FED. ¿Que me vaya? ¡ Bueno fuera!)
Tú, con tus gracias sencillas,
has logrado que el amor
me saque de mis casillas...
No me apartes... Por favor,
te lo ruego de rodillas...

ESCENA XI

DICHOS y ROMÁN por el fondo. Después Juan.

- ROMÁN. (Dentro.) Pues señor, ya se han marchado,
sin que yo pudiera ver... (Saliendo.)
Mas ¿qué miro?...
- FED. (Apaga la luz.) ¡ Me han pillado!
- LUZ. ¡ Ay! (Se va por la puerta primera de la izquierda,
cerca de la cual debe hallarse.)
- ROMÁN. ¡ Un hombre arrodillado
á los pies de mi mujer!...
¡ Luces al momento, Juan!...
- FED. (Buscando la puerta para salir.)
No hay escape...
- ROMÁN. No me explico...

- JUAN. (Entrando con un candelabro, que coloca sobre un entredós.) Aquí las luces están. (Se retira inmediatamente.)
- FED. (Maquinalmente, sin saber qué decir.)
Muy buenas noches, Román.
- ROMÁN. (Estupefacto.) ¡Buenas noches, Federico!
- FED. Escúchame...
- ROMÁN. (Con furor.) Caballero,
ya toda conversación
es imposible, y espero
cumplida satisfacción...
- FED. Pues si yo dártela quiero.
- ROMÁN. Pero es que así no la admito.
Después de lo que ha pasado,
yo matarte necesito.
- FED. ¡Bah! Tú estás acalorado.
Medita...
- ROMÁN. Yo no medito...
¡Faltarme de esa manera!...
- FED. Pero, chico, considera
que tuya la culpa ha sido...
- ROMÁN. Ella infiel... ¡Quién lo creyera!
- FED. Que sólo por ti he venido...
- ROMÁN. Bien se burlaba de mí...
- FED. ¡Vamos, hombre, para el curso
de ese rencor baladí!
- ROMÁN. Y la carta era un recurso
para alejarme de aquí...
- FED. Hombre, préstame atención.
- ROMÁN. Me exaspera tu cinismo.
- FED. Has perdido la razón.
- ROMÁN. Basta ya: voy ahora mismo
á entrar en mi habitación,
(Señalando á la segunda de la izquierda.)
pues necesito escribir
esta noche á dos amigos,
para que puedan servir
en el duelo de testigos.
Nada más he de decir...
- FED. No hay medio de convencerte.
- ROMÁN. El proceder de otra suerte
fuera insigne cobardía.
El duelo ha de ser á muerte,
apenas despunte el día.

ESCENA XII

DICHOS y MARÍA

MARÍA. (Asomándose por las cortinas de la habitación en que entró.) (Oigo voces... ¿qué será?

¡Cómo! ¿Mi marido aquí?

¡Dios mío! ¿Qué ocurrirá?)

FED. ¿Conque quieres ese duelo?

ROMÁN. Sí.

Tengo que matarte.

MARÍA. (¡Ah!)

FED. Pues á tu gusto ha de ser.

ROMÁN. (Dirigiéndose á la habitación en que está María.)

Mañana al amanecer.

MARÍA (Saliendo.) ¡Oh! nunca...

ROMÁN. (Absorto.) ¡Qué confusión!

FED. ¡Caracoles! ¡Mi mujer

dentro de tu habitación!

MARÍA. ¡Federico!

FED. ¡Esto es horrible!

ROMÁN. Pero ¿qué sucede aquí?

FED. Tal acción es increíble...

¡Bien se burlaban de mí!

MARÍA. Reflexiona...

FED. No es posible...

ROMÁN. Escúchame...

FED. (Como Román antes.) Caballero,

ya toda conversación

es imposible, y espero

cumplida satisfacción.

ROMÁN. Pues si yo dártela quiero.

FED. Pero es que así no la admito.

Después de lo que ha pasado,

yo matarte necesito.

ROMÁN. ¡Bah! Tú estás acalorado...

Medita...

FED. Yo no medito...

ROMÁN. No hay medio de convencerte...

FED. El proceder de otra suerte

fuera insigne cobardía...

El duelo ha de ser á muerte,

- apenas despunte el día.
- MARÍA. ¡Ay! le ciega el frenesí...
- ROMÁN. Y después de todo, así
me gusta verte...
- FED. Convengo...
- ROMÁN. ¡Porque yo, con razón, tengo
ganas de matarte á ti!
Ahorremos, pues, discusiones...
No he de dar explicaciones
á quien las exige yo...
Las tuyas son ilusiones,
pero mis agravios no.
- MARÍA. ¿Qué dice?
- ROMÁN. Yo nunca vi
á esta señora, y así
mal te he podido ofender...
pero yo te he visto aquí
á los pies de mi mujer...
- MARÍA. ¡Cómo! ¿A los pies? ¡Fementido!
¿Me engañabas?... ¡Mal marido!
- FED. ¡Escucha!...
- MARÍA. (Llorando.) ¡Ay, qué desdichada!
- FED. Yo te diré lo ocurrido...
- MARÍA. Yo no quiero escuchar nada...
- ROMÁN. A oscuras con Luz te vi...
- MARÍA. Niégalo.
- FED. De ningún modo;
lo estaba y aún sigo así:
CON LUZ Y Á OSCURAS de todo
lo que está pasando aquí.
- MARÍA. ¡Así faltar á su fe!...
- FED. Pero, mujer, te suplico
que escuches; yo te diré.
- MARÍA. (Sollozando.) Mañana... me marcharé...
con mi madre á Puerto-Rico...
Yo no sufro tal ultraje,
porque, cuanto más escucho,
más me consume el coraje...
le voy á decir á *Chucho*
que prepare mi equipaje.
- FED. ¡*Chucho!* ¡el negro!... el portador
de la carta maldecida
con que has manchado mi honor...
¡Y tú la das de ofendida!
- MARÍA. Escúchame, por favor...
- FED. Yo me doy á Belcebú...

¡Pretender hacerme el bú,
sin motivo ni razón;
cuando eres tú, sólo tú
quien debe pedir perdón!

MARÍA. Pero, escúchame...

FED. No quiero...

MARÍA. Tú me ofendes...

FED. Basta ya...

MARÍA. Más insultos no tolero.

FED. Una mujer que le da
citas á este caballero...

ROMÁN. (Era de ella... y yo, aturdido,
le di la carta al marido...
Esto tiene tres bemoles...
Y es muy guapa... ¡Caracoles!
¡Si yo me hubiera atrevido!...)

MARÍA. Pues no he de negarlo... Sí;
yo esa carta la escribí
dando una cita de amor,
mas fué por servir así
á mi amiga Luz.

ROMÁN. ¡Qué horror!
¿De manera que ella fué?...

MARÍA. Sí...

ROMÁN. Pues esto necesita
explicarse.

FED. ¡Ya se ve!

ROMÁN. Pero ¿á quién daba la cita?

MARÍA. Pues eso está claro... á usted...

ROMÁN. ¿Á mí? (Con asombro.)

MARÍA. Sí, que por buscar
una aventura cualquiera,
es capaz de abandonar
á una esposa á quien debiera
de rodillas adorar.

Ella, que ama á su marido
y ve que así la abandona
y la deja en el olvido,
por castigarle ha querido
prepararle una encerrona.
Y yo, que su amiga soy,
he venido á verla hoy;
me ha contado sus afanes,
y es natural, aquí estoy
para ayudarla en sus planes.
El juego ha salido mal,

- por no sé qué confusión
ó por qué enredo fatal;
mas ya ves que la intención
fué siempre honrada y leal.
- ROMÁN. Y yo ¡necio! que creía...
¡Pobrecita esposa mía!
¡Luz, Luz!... (Llamando.) La quiero abrazar...
- FED. Eres un ángel, María.
- MARÍA. Después tenemos que hablar.
- FED. Pero, mujer, yo declaro...
- ROMÁN. ¡Luz!... (Llamando.)
- LUZ. (saliendo.) ¿Me llamabas... Román?...
- ROMÁN. Abrazame sin reparo. (La abraza.)
- JUAN. (Entrando con un candelabro encendido, que coloca sobre el otro entredós. La escena quedará á toda luz.)
Aquí las luces están. (vase.)
- ROMÁN. Al fin, ya está todo claro.

ESCENA ÚLTIMA

MARÍA, FEDERICO, ROMÁN, LUZ (1)

- LUZ. ¿Qué me dices?...
- ROMÁN. Sí, hija mía...
Todo al cabo se ha sabido.
- LUZ. ¡Ah! Comprendo, por María...
¿Y tú no estás ofendido?
- ROMÁN. Nada de eso.
- LUZ. (Abrazándole.) ¡Qué alegría!
- ROMÁN. Yo estaba al cabo de todo.
- FED. (Bajo á Román.) (¿Qué dices?)
- ROMÁN. (Id. á Federico.) (¡Calla, por Dios!)
Por eso no me incomodo...
(Como antes.) ¿No comprendes?... de ese modo quedamos muy bien los dos.)
Al instante conocí
el ardid y la intención...
Tú pretendiste así
darme una fuerte lección
y yo te la he dado á ti.

(1) Los actores quedan colocados frente al público en el orden que van los nombres de los personajes.

- MARÍA. ¡Cómo es eso!...
- ROMÁN. Tú dudar
de quien no sabe pensar
más que en ti...
- LUZ. (Confundida.) Yo te suplico...
- ROMÁN. Yo le encargué á Federico
que viniera en mi lugar...
- LUZ. Bien hizo el papel...
- ROMÁN. Es llano :
ya dispuesto de antemano...
y él, que es un mozo muy listo...
- LUZ. ¡Vaya! Si tú hubieras visto
cómo besaba mi mano...
- ROMÁN. ¡Diablo!...
- MARÍA. ¡Infame!
- FED. (A Román.) No hagas caso...
- ROMÁN. Es que por eso no paso...
- FED. Chico, si en serio lo tomas...
Son bromas...
- ROMÁN. Es que esas bromas
no me gustan... por si acaso...
- MARÍA. ¡Pérfido!...
- FED. ¡Qué pesadez!...
- MARÍA. ¡Justo! ya te mortifico...
- FED. ¿Empezamos otra vez?...
- MARÍA. Yo me voy á Puerto-Rico...
- FED. (Riendo.) ¿En un cascarón de nuez?
Ve que ha sido tuyo el juego,
y que jugar con el fuego
puede, al que lo hace, abrasar...
- ROMÁN. Con lo que turba el sosiego
nunca se debe jugar...
Todo en paz ha terminado;
mas, para que nada inquiete,
aun falta, público amado
(Dirigiéndose al público.)
que no te haya disgustado
este sencillo juguete.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de *González é Hijos*, Puerta del Sol, 9; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Dené*, 15, rue Monsigny, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA, y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Car. G. Lamperti*, Via Ugo Foscolo, 5, MILAN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.